

De cómo investigar en comunicación a partir de la experiencia traumática y no morir en el intento. Una propuesta reflexiva para pensar el abuso sexual en niños y niñas

Barrios, María Rosaura
Instituto de Investigaciones Sociales y Humanas. UNaM/CONICET.
rochabarrios@gmail.com

Resumen

Este trabajo pretende indagar en las posibilidades (y no) que tienen las herramientas tradicionales de recolección y sistematización de datos para el estudio de experiencias que tienen que ver con el trauma. Buscamos reflexionar a partir de los límites institucionales, éticos, académicos, epistemológicos que enfrentamos a la hora de investigar y cómo lograr una investigación que cumpla con los requisitos de rigurosidad científica.

¿Cómo investigamos a partir del dolor del otro? ¿Hasta dónde el cuerpo del investigador se presta/soporta/aguanta las tristezas ajenas? ¿Es posible la producción de conocimiento en estos “peligrosos” límites emocionales y físicos de los sujetos que intervienen en una investigación y, por qué no, del propio investigador? ¿Qué implica poner el cuerpo a tanto dolor sólo a los fines científicos?

Área temática

Teorías y metodologías de la investigación en comunicación

Palabras claves

Metodología - Experiencia Traumática - Ética

Ponencia

Presentación

El trabajo con *experiencia traumática* supone tener ciertos cuidados metodológicos a la hora de encarar una investigación, ni hablar cuando las personas que intervienen en la investigación son niños y niñas. Los cuidados deben extremarse como así también la escritura del documento y el manejo de los materiales de análisis. Las siguientes líneas son reflexiones que partieron de pensar un campo sumamente intervenido por otras disciplinas como la psicología y el derecho, hablamos de delitos de abuso sexual cometidos contra niños y niñas y la elaboración de ese relato traumático dentro del dispositivo de cámara gesell en una ONG de provincia de Buenos Aires. Ante este panorama pareciera que las herramientas tradicionales de recolección de datos no nos bastaban para recabar la inmensidad que se nos presentaba, la indagación fue a partir de la voz de esos niños y niñas que en ese momento los estaban violentando en distintos espacios familiares.

¿Qué tratamiento merecen los relatos de experiencia traumática? ¿Cómo pensar un campo fuertemente intervenido por discursos de corte legal, psicológico, del campo de la criminalística y el trabajo social? ¿Qué herramientas tomar de cada disciplina para construir el mapeo del trabajo de campo? ¿Cómo se escriben las notas de campo teniendo en cuenta todos los cuidados que merece el trato con población vulnerada? ¿Qué aporte podemos hacer desde la comunicación a estas tramas?

Tres movimientos para descentrar el abordaje metodológico

Aquí vamos a problematizar cuestiones éticas- metodológicas que nos explotaron en el campo. Durante el año 2012 y 2013 indagamos para mi tesis doctoral en una ONG de provincia de Buenos Aires que trabaja en la asistencia de niños y niñas que sufrieron o están sufriendo en ese momento algún tipo de abuso. Esta organización trabaja no sólo con particulares sino también con otras organizaciones como la escuela y la comisaría que derivan a los/as niños/as para que sean tratados. Desde el principio entendimos que las decisiones metodológicas tomadas en relación a experiencias que denigran y atentan contra la integridad humana deben ser cruzadas fuertemente con una ética investigativa rigurosa. Entiéndase a la ética de la investigación “como la responsabilidad que debe tener la ciencia y más concretamente los científicos, hacia los sujetos de investigación y la sociedad en general” (Achío Tacsan, 2003: 85). Si bien parte de principios básicos que todo/a investigador/a debiera tener al iniciar una investigación que involucre a personas, hablamos más bien de un compromiso social de cuidado, respeto y equilibrio (en términos de ejercicio de poder) hacia las personas con las que trabajamos. En estos tres movimientos hablamos de planteos teóricos y metodológicos en torno a *la escucha*, *la observación* y *el silencio*, herramientas que componen un mapeo posible para el estudio de experiencia traumática que tienen que ver con el abuso sexual y la

violación.

Es -también- una puesta en tensión de la posición política de poder que ocupa el investigador en estas tramas, el uso de algunas herramientas de recolección de datos y la necesidad de entablar diálogos y puentes con otras disciplinas con trayectoria en estos estudios. Con estos principios como norte y práctica encaramos y cuestionamos el trabajo de campo.

Uno:

Los *tiempos del contar* es una variable que cala fuerte en el trabajo de campo, no solo los tiempos sino los modos de este contar. Si tenemos en cuenta lo dicho anteriormente, la preocupación inicial fue no apurar ni presionar a nuestras formas y modos ese contar, entonces ¿cómo lograr una investigación que cumpla con los requisitos y criterios de rigurosidad científica sin presionar tiempos ni modos del contar situaciones traumáticas? Hablamos de empalmar los tiempos de la ONG con la del trabajo de campo. Sin apurar o trasladar a nuestro contexto esos relatos, el trabajo exploratorio fue fundamental para identificar estas dinámicas. ¿Por qué no abordar el problema desde las particularidades de la ONG con sus formatos del contar y narrar y sus géneros? Sin apartar de esos particulares ritmos a las personas que involucra esta investigación nos propusimos observar y escuchar todo lo que allí sucedía. ¿Cómo era contada la experiencia del abuso en esa ONG, con esas reglas, con esos tiempos y formatos?

El abordaje de experiencia traumática expone no solo a los/as entrevistadas a un estado de vulnerabilidad altísima sino que, también, expone al investigador a una infinidad de encrucijadas éticas, políticas y filosóficas que deberá sortear (o no) para llegar (o aproximarnos) a los objetivos planteados. La preocupación por encarar la escucha atenta y respetuosa es un interrogante no menor a la hora de encarar el trabajo y- justamente- por la seriedad con la que se pretende encarar la labor científica es que resulta necesario dialogar con disciplinas como la psicología, la sociología y el trabajo social. Disciplinas que cuentan con herramientas pero, sobre todo, debates para el manejo de testimonios de experiencias traumáticas, las emociones personales y la relación entre víctimas y profesionales intervinientes en la escucha. La consulta con otros profesionales para trabajar el anonimato y la confidencialidad de una manera más rigurosa se vuelve fundamental en sintonía con organismos nacionales o internacionales que ya cuentan con un conjunto de procedimientos ante estos casos.

Dos:

¿Una metodología para el Dolor?

Por lo dicho anteriormente es que no utilizamos como herramienta de recolección de datos la

entrevista en profundidad, convencidas de que no contamos con insumos personales para afrontar el caudal de relatos de una víctima “sobreviviente” de abuso sexual, ni la formación para contener en caso de que el recuerdo desate sentimientos de tristeza o angustia.

“<...> el trabajo de campo no consiste en la aplicación de métodos claramente definidos desde la academia con sus aulas y oficinas. Consiste en un reconocimiento más amplio de los términos en que entablamos relaciones con nuestros interlocutores y que nos permiten conocerlos recuperando sus perspectivas acerca de las cuestiones que les preocupan, les interesan, los motivan, los enorgullecen y los avergüenza” (Guber, 2014: 15).

Siguiendo en la línea de Rosana Guber, el trabajo de campo y su intervención fue pensado específicamente para este objeto de estudio, buscamos las herramientas más adecuadas para empezar a pensar el problema sin ser intrusivas, apuradas o violentas...en términos de autoridad etnográfica y esta supuesta impunidad que tenemos desde las ciencias para realizar cualquier tipo de preguntas que competan a nuestro trabajo.

Este trabajo de campo de fuerte corte etnográfico- entendida como una perspectiva de conocimiento que aspira a comprender los fenómenos sociales desde el punto de vista de sus protagonistas- es pensado como relación social y como articulación de las situaciones de interacción (Guber, 2014). Como escenario “donde el investigador pone en interlocución sus categorías teóricas y prácticas de académico y de ciudadano con las categorías y prácticas nativas” (Ídem, 2013:59), para pensar al mismo nos servimos de otras disciplinas para confeccionar su protocolo de acceso e intervención. Por un lado, de la psicología tomamos el *manejo del anonimato y la confidencialidad*, que si bien son reflexiones que involucran a cualquier disciplina social, el manejo que realizan desde la misma es distinto, no calificaríamos en términos de “mejor” -más bien- adecuada, conocida y propia de este contexto. De la criminalística y el derecho el *tratamiento y comprensión de documentos* que refieren a causas legales en curso, cuando hay niños y niñas involucrados siempre hay una denuncia de por medio, tuvimos que aprender ese registro y su manejo en estos casos. De la antropología la categoría de *reflexividad* ordenó las notas de campo y su posterior escritura:

“El concepto de reflexividad que se evoca en la etnometodología desarrollada por Harold Garfinkel (1967) e inspirado en la fenomenología propuesta por Alfred Schütz, fue central para pensar el trabajo de campo y la etnografía. Se trata del papel constitutivo que ejercemos en cualquier ambiente al actuar y enunciar. (...) En este intersticio, que se crea y recrea en la relación, trabaja el antropólogo. No sólo reconociendo los procedimientos reflexivos de los nativos sino también los procedimientos propios, porque es en esa relación donde se produce sentido y se hace

posible la comprensión en términos antropológicos, una comprensión susceptible de ser relatada que involucra siempre formas variables de invención y creatividad. Considerando el papel constitutivo de la reflexividad es posible reconocer las limitaciones que resultan al defender la idea de que existe una 'realidad' separada del 'sujeto' cognoscente, y de que ambos interferirán mutuamente" (Renoldi, 2014: 131).

La literatura, el cine y la fotografía también contribuyeron a la comprensión de los relatos, no había palabras para contar ni contábamos con imágenes para re-presentar(nos) esos relatos. Tuvimos que aprender a trabajar con los silencios y el secreto. Este último como categoría y práctica fue un nudo troncal en el trabajo que obligó a virar el mástil en su momento hacia otras estrategias metodológicas que lo contemplan en su complejidad. En cuanto a esto, "<...> más que preguntarnos si lo que se nos ha dicho es cierto o no lo es, conviene averiguar qué significa y cuáles son las implicancias posibles de lo que se dice (e inferir lo que se calla)" (Guber, 2001: 243).

"Aún pudiendo pensar en todo lo que significa para el etnógrafo entender el secreto en su dimensión sociológica, no deja de ser un conflicto para su trabajo saber cómo proceder con informaciones que le son contadas de forma confidencial por quienes saben que a él le interesa conocer y comprender sus vidas y sus cotidianos" (Renoldi, 2014: 134).

En este sentido se produce un doble movimiento: el investigador elige la información y recorta los datos y, a su vez, el campo elige qué mostrarle al investigador al punto que éste no sabe qué es o qué no es un dato a priori (Guber, 2013). La vigilancia sobre qué registrar y qué no registrar estuvo presente durante todo el trabajo, fueron estas disciplinas las que nos ayudaron a descifrar qué y cómo registrar en el diario de campo sus experiencias en relación al abuso. Con respecto a este punto y a la incorporación de la reflexividad para pensar todo el proceso de investigación "(...) se trata de partir de la base de que no describimos 'realidades', sino que apenas podemos describir aquello que constituimos de manera activa en una red de relaciones heteromorfa y heterogénea que no tiene límites dados en sí, y que se constituye en la experiencia" (Renoldi, 2014: 131).

Tres: Una propuesta

La escucha y la observación

Con la particularidad de este campo: ajustado, limitado, lidiando (peleando a veces) con un discurso institucional hipercodificado como lo son las ONGs, cabe preguntarnos: ¿cómo movernos dentro de estas simplificaciones, limitaciones, fronteras laborales?; ¿cómo articular los objetivos personales de investigación con los comunes que nuclean a las personas que trabajan en una ONG?; ¿cómo

empalmar los intereses científicos con los de las personas que involucra una investigación?; ¿cuál es la metodología y herramientas más adecuadas para el tratamiento de estos datos?

A medida que pasaba el tiempo y cuando el callejón se hizo más estrecho y las técnicas de recolección de datos tradicionales no me bastaban para registrar todo lo que ese campo estaba provocando(me), devolviendo(me), mostrando(me) se hizo necesario incorporar otras lecturas, otras formas de abordar esos relatos. Todos los trabajos que ponen la mirada en conflictos bélicos (Colombia, Perú), últimas dictaduras cívico- militares- eclesiásticas (América Latina en general con el Plan Cóndor) que abordan la experienciatraumática a través de testimonios escuchados y registrados en contextos institucionales por fuera de una investigación científica, fueron mis referencias para pensar una metodología acorde.

“Hablar de observación participante sería dar cuenta de nuestra disposición general, pero no de las actividades concretas que llevamos a cabo en el campo; hablar de entrevistas en profundidad supondría evocar una situación que pocas veces se nos planteó con tanta nitidez y delimitación; y referirnos a información nos retrotraería a una objetivación con la que nos vinculamos que no estaríamos dispuestas a admitir porque no da cuenta de qué sentimos y cómo vivimos nuestro trabajo de campo con otras personas” (Guber, 2014: 15).

La escucha y la observación se convirtieron en herramientas fundamentales de acercamiento y sistematización. Este adaptarme a los tiempos de la organización se tradujo en escucha y observación sin registro de audio o escrito en el momento. La narración de experiencias de este tipo produce un quiebre en el lenguaje imposibilitando de que haya- efectivamente- relato. Todo es silencio, hueco, vacío. Situar las preguntas de un investigador en estos lugares significa imponer ritmos y formatos narrativos para el contar, por ende, recordar, volver a vivir, supone intervenir en tiempos subjetivos del recuerdo horroroso y sufrimiento de la experiencia, busca gestionar lo indecible, de rellenar los huecos narrativos, de encontrar aquello inaprensible. No podía dejar (aun no) de ver la presencia de un investigador en es(t)as tramas como intrusiva, de manera que buscamos la forma de investigar con una metodología ajustada a estos cuidados.

“Cuando se habla sobre violaciones, se le da una gran importancia a los silencios. Qué hacer con estos silencios –cómo escucharlos, cómo interpretarlos, cómo determinar cuando son opresivos y cuando pueden constituir una forma de agencia– es un tema de gran preocupación y debate” (Theidon, 2006: 71). Aun así, esta propuesta nos abre otros interrogantes: ¿En qué medida las organizaciones que son facilitadoras de la enunciación de los relatos de estas víctimas permiten efectivamente la emisión de esta voz? ¿Qué géneros habilitan para moldear el sufrimiento y el dolor? ¿Puede narrarse el horror con éstos géneros disponibles para el contar? ¿En qué medida son

compatibles estos géneros disponibles con los que necesita la justicia para proceder a favor de las víctimas? Decidí (no antes de presenciar estas lógicas) que la mejor manera de estudiar los relatos era a partir de la escucha y la observación. Nada más. Y nada menos.

Theidon, quien participó en las Comisiones por la Verdad y la Reconciliación en Perú (CVRP) en el 2003¹, trabaja con relatos enunciados en grupos focales ya que- también- considera que el contexto de enunciación y recepción de estos testimonios son determinantes de las formas discursivas: “<...> me interesaban este tipo de recuerdos relatados en estos grupos focales porque el contexto en el cual los testimonios son dados y recibidos es central con relación a las formas que esos testimonios adquieren” (2006: 82).

Esto y la constante pregunta por la ética en campo: ¿tenemos derecho a preguntar sobre experiencias traumáticas?; ¿hay límites en investigación social?; ¿cuál es la metodología “menos” violenta, invasiva, entrometida para el estudio de experiencias traumáticas? “No puedo separar los métodos de la ética: en este caso, ambos son repugnantes. Hay preguntas que no tenemos derecho a preguntar, y silencios que deben ser respetados” (2006: 87).

El Silencio fue una constante en estas narrativas, su decodificación fue un aprendizaje diario. “Cuando termine de contar, ¿me voy a seguir acordando de lo que pasó?”, preguntó una joven a la terapeuta en una de las sesiones. Y es que, el silencio no entraba en los géneros disponibles para el contar. Tuvimos que aprender a convivir con los silencios, percatadas de que eran una constante en trabajos de este tipo: “Cuando me olvido me siento bien. Recordar (lo que pasó) incluso ahora, me vuelve loca. Se me hace muy difícil poder soportarlo. Pero cuando me olvido me siento más o menos. Es tan duro responder a sus preguntas, tan difícil volver atrás y recordarlo todo” (Ídem: 82).

“<...> la ruptura de las condiciones de posibilidad de la comprensión de hechos de degradación y muerte, la necesidad de hablar, la urgencia de ser escuchado, la emergencia del silencio para preservar la intimidad o el anonimato, el hueco, el vacío, el mismo dolor” (Romero, 2008: 21) son sentires encontrados con los de una investigación que busca escribirse. Las urgencias del investigador por acceder a esas palabras y la impaciencia de una manera de hacer investigación que (en la mayoría de las veces) es incompatible con los tiempos de las personas que intervienen en la misma. Entonces, el desafío del reflexionar metodológico radica- precisamente- allí: en la búsqueda de herramientas y técnicas que respeten, en lo posible, los tiempos de los/as otros/as, sus espacios y seguridades. Implica reconocer y detectar qué nos falta antes de ingresar a campo, ¿es sólo una preparación teórica- metodológica?; ¿son sólo los años de experiencia en investigación? O es- quizás- una preparación que tiene que ver con sostener el cuerpo y prestar

¹La Comisión tenía por objetivo examinar las causas y consecuencias del conflicto armado interno que tuvo lugar entre los '80 y '90 en Perú. De esta manera, Perú se unió a la creciente lista de países que habían implementado comisiones de verdad como medio de transición de un período de conflicto armado y gobierno autoritario hacia la fundación de una democracia procesual.

atención a las sensibilidades que se juegan en ese momento.

Cierre:

¿Es legítimo investigar narrativas que tienen que ver con el dolor del otro? ¿De qué manera nos interpela ese dolor? ¿Qué lugar tenemos como comunidad académica en estas nuevas cartografías de lucha? ¿Qué podemos ofrecer al esclarecimiento de nuestros interrogantes y a sus interrogantes? Trabajos como estos ¿contribuyen/mejoran/intervienen de manera favorable a las víctimas? ¿Cómo poner este bagaje y accionar reflexivo al servicio de las organizaciones que trabajan en la búsqueda de justicia y reparación? En definitiva, ¿podría existir un uso instrumental de las conclusiones de trabajos como éstos para situaciones concretas?

Si investigadores en comunicación sostienen que habilitar espacios de charla (entrevistas) es habilitar la posibilidad de poner en palabras el horror y terminar de vivir la experiencia: ¿cómo-entonces- se intenta “reparar” lo no-dicho? Estos cruces buscaron no sólo complejizar la labor científica sino también realizar una propuesta concreta de intervención metodológica en problemas que tienen que ver con indagar en experiencia traumática.

Comunicadoras y comunicadores en investigación tenemos mucho que aportar en el estudio y las condiciones de enunciación de relatos que tienen que ver con la *experiencia traumática* y, por qué no, pensarnos también dentro de equipos de trabajo que se encargan de la toma de testimonio de estos relatos ya en una instancia judicial o investigativa.